

La enseñanza religiosa: los objetivos, el programa y su lectura

TEÓDULO GARCÍA REGIDOR

1. ALGUNAS OBSERVACIONES

A la hora de plantearse lo que actualmente *es* la Pedagogía Religiosa de los niveles BUP/FP, es decir, lo que está programado por las autoridades eclesíásticas para la docencia/aprendizaje de la Religión católica en las escuelas, conviene tener en cuenta tres factores:

- a) la «preocupación teológica» de la Comisión Episcopal,
- b) la «despreocupación teológica» de los alumnos,
- c) la falta de «tradición teológica» en la escuela española.

Habría que ver si estos tres factores son condicionantes de la praxis en lo que llamamos enseñanza religiosa escolar, especialmente en el nivel superior de la escolaridad (BUP y FP II) y si solucionando las dificultades que plantear, podemos hablar de una realidad positiva en torno a lo que damos en llamar «clases de Religión».

a) **La preocupación teológica de la Comisión Episcopal. Los programas**

- A la hora de analizar las programaciones propuestas como normativas para la enseñanza religiosa en BUP, se observa una preocupación consi-

derable de la Iglesia por dar a conocer la realidad de la fe en clave teológica o al modo teológico. (Basta ojear los programas para darse cuenta de que esto es casi el primer dato con el que nos encontramos a la hora de «dar la Religión».)

- Se diría que hay en la Iglesia una preocupación también excesiva por dar una respuesta —la clase de Religión en clave teológica— a una pregunta que no se ha producido. La desproporción que se observa entre los contenidos de no pocos programas y la falta de base previa (entendiéndose esto por «pregunta»), el desinterés de los alumnos por estos temas, la lejanía de los temas teológicos en relación con las verdaderas preocupaciones de aquéllos (los alumnos) es un hecho evidente.
- Hay, en tercer lugar, una preocupación que más parece un deseo de adelantar etapas (esto se observa especialmente en 3.º de BUP) en relación con el conocimiento de la fe o, si se quiere, un deseo de iniciar a los adolescentes en un lenguaje para el que no están preparados. Y ello con el siguiente riesgo: se pierde lo esencial de los objetivos previstos como deseables y, al mismo tiempo, no se conecta con la realidad de los adolescentes.

b) La «despreocupación teológica» de los alumnos

- En el planteamiento de fondo de la enseñanza religiosa escolar se parte del dato previo confesional y optativo (los alumnos son católicos y han elegido la enseñanza religiosa). Pero este dato, en su extensión y generalización, es, cuando menos, ambiguo y, en muchos casos, falso.
- Pero, aun cuando esto fuera un juicio acertado, la opción por las clases de religión de adolescentes creyentes no supone una disposición positiva a la educación de la fe en cuanto teología, es decir, al conocimiento de la fe, a la adquisición de lo fundamental de la síntesis de fe, desde presupuestos teológicos y desde un lenguaje teológico.
- Y, en el límite del optimismo, aun cuando los alumnos estuvieran dispuestos a una «recepción teológica» (o, cuando menos, doctrinal) o a un aprendizaje de la Religión en clave teológica, el hecho de la diversidad del grupo-clase (diversidad no sólo en lo que se refiere a la actitud ante la fe, sino en cuanto a su capacidad intelectual) hace muy difícil la realización del plan teológico previsto.

Esto, puede afirmarse, es válido para cualquier materia escolar. Y es cierto. Pero puede que sea más válido para la Religión-Teología, en donde se necesita con frecuencia una *base previa* (filosófica, humanista, bíblica y teológica) que posibiliten la captación de lo que se propone en los programas de Religión.

c) La falta de «tradición teológica» en la clase de Religión

- No sólo hay que referirse a la falta de «tradición teológica» y al cultivo de la teología en nuestro país —cosa bien cierta, por otra parte—, sino a la tradición de la reciente historia escolar...

Los alumnos están acostumbrados a unas clases de Religión de tipo más bien dialogal/coloquial, sin mucha exigencia y sin mucho rigor. La «asignatura», en su acepción más rigurosa y positiva, ha cedido a una actividad tipo «tertulia». Los diálogos frecuentes sobre algunos temas ya «tópicos» —sin que por haberse convertido en tópicos dejen de ser temas de una enorme importancia— o la dispersión en cuanto al logro de objetivos concretos en clase de Religión han hecho que hoy sea difícil iniciar estas clases con cierto rigor mental, y, mucho menos, con una exigencia que, con todas las limitaciones necesarias, podemos calificar de «teológica» o de pre-teológica.

- Los profesores carecen, en buena medida, de una formación teológica actualizada. Para no pocos, dotar a la clase de Religión de un carácter de «asignatura» significa volver a los contenidos doctrinales entendidos al modo antiguo, donde juegan un papel importante las fórmulas/definiciones, el catecismo y el memorismo. Y todo esto está muy alejado de las perspectivas y objetivos de la actual formación y enseñanza de la religión en BUP.
- La tradición de lo primero —que aún persiste— y la equivocación con respecto a lo segundo —que todavía está vigente— pueden hacer más dificultosa una tarea que ya de por sí es ardua y que requiere una pedagogía adecuada.
- Pero no creo que sea la «pedagogía adecuada» la que solucione tanto la distancia entre objetivos y realidad de los alumnos como la falta de tradición teológica en el interior de la escuela. La «pedagogía adecuada», así, sin más, puede ser algo que no funcione si previamente no se han dado algunas condiciones.

2. LOS OBJETIVOS DE LA CLASE DE RELIGION EN BUP/FP

A la hora de iniciar un «seminario de programación» es necesario comenzar por interrogarse acerca de los objetivos fundamentales de la enseñanza religiosa en este nivel. Y en un principio hemos de responder que los objetivos de la ERE en BUP son los mismos que ya se han estudiado en relación con la enseñanza religiosa escolar. Y, si cabe, es aquí —en esta etapa— donde mejor se pueden lograr dichos objetivos, donde la adecuación entre objetivos, contenidos, educandos y proceso de aprendizaje es más posible.

Los **OBJETIVOS** de la ERE en BUP pueden ser, en principio, los siguientes

- A) 1. «Situarse lúcidamente ante la tradición cultural».
2. «Insertarse críticamente en la sociedad».
3. «Dar respuesta al sentido último de la vida con todas sus implicaciones éticas».
- B) 1. Conocer las «realidades fundamentales» de la fe cristiana.
2. Lograr una síntesis de fe global.
3. Lograr una aproximación o diálogo entre la fe y la cultura.
- C) Y, ciñéndonos ya a las programaciones de los cursos, podemos decir que los grandes objetivos de la ERE serían:
1. Visión global del «hecho religioso» y de Jesús como hombre religioso. Conocimiento de la cristología bíblica. Jesús como fundamento de la moralidad del cristiano (Curso 1.º).
 2. La Iglesia como signo del Reino de Dios a través de su historia. La Iglesia que profesa, celebra y vive la fe. La Iglesia que vive el mandamiento del amor —en las relaciones personales y en la convivencia humana (Curso 2.º).
 3. Iniciar al adolescente en el diálogo entre los humanismos y la fe. Realizar un conocimiento crítico y fundamental de la fe: Cristo, Iglesia, Dios. Realizar una visión personal entre la dialéctica: libertad-gracia, historia-trascendencia... (Curso 3.º).

Estos serían los objetivos programados, oficiales, propuestos como obligatorios; pero hay otros objetivos que me parecen más necesarios y que no están tomados de los «programas» ni elaborados «desde arriba». Son unos objetivos que nacen de la experiencia con los alumnos/adolescentes, por una parte, y de las exigencias de la propia fe, por otra. Son objetivos que no suponen una consecución inmediata, un logro evaluable cada cierto período de tiempo, sino que estarán como horizonte al que llegar al final de esta etapa educativa y como cuestionamiento permanente —del profesor y del grupo— durante todo el proceso de la ERE.

Otros OBJETIVOS DE LA CLASE DE RELIGION con alumnos de BUP

1. *Despertar la conciencia cristiana, la identidad cristiana y los interrogantes que la vida humana plantea a la fe*

Se trata de despertar la conciencia cristiana, es decir, de promover y/o remover la identidad cristiana, el ser creyentes de un modo radical y de un modo

total, no sólo reservando en su persona o en su vida un hueco y un espacio a la fe, entendida primordialmente como «religión».

Y despertar esta identidad cristiana mediante los interrogantes básicos que interpelen a la conciencia y que provoquen deseos objetivos de una respuesta básica y personal.

2. *Presentar la clase de Religión —o la enseñanza de la fe cristiana— como un reto a la inteligencia adolescente y a su conciencia crítica*

Al presentar esa identidad cristiana hay que hacerlo como un reto a dos de las dimensiones más sensibles del alumno creyente: a la inteligencia (como un reto de la fe a la posibilidad de ser hombre de hoy y, al mismo tiempo, creyente pleno) y a la conciencia crítica, es decir, interpelando de diversos modos a su conciencia para comprender que la fe cristiana es algo que afecta a la persona entera y que, por tanto, ha de provocar en el adolescente una reacción que signifique una respuesta positiva (o, en su caso, negativa). Diríamos que los adolescentes no debieran permanecer «ajenos» a la fe cristiana ni a sus exigencias, tanto en el plano del saber (porque interpela a su inteligencia) como en el del ser (porque se «provoca» a su conciencia crítica).

3. *Promover un cambio de actitud (si es necesario) respecto al modo de su conocimiento de la fe*

Por ello mismo se trata de promover un cambio de actitud respecto al modo como habitualmente han accedido al conocimiento de la fe —quizá de manera infantil o no personalizada—; promover un cambio en su postura «personal» ante la fe, quizá todavía demasiado condicionada por los factores externos (presión social, familia, colegio, etc.) y conseguir que lleguen a una profundización intelectual, es decir, a conocer con cierta profundidad aquello que de un modo u otro viven ellos mismos o saben que viven los demás.

4. *Promover una «desestructuración» del universo mental cristiano (y teológico) para «reestructurar» dicho universo en clave de fe renovada, actualizada y personalizada*

Es decir, promover una «desestructuración» de su universo mental cristiano y teológico en alguno de los sentidos siguientes:

- a) Pasar de una fe «semideísta» y racional (creo en Dios porque la razón me lo dice: Alguien tiene que haber creado el Universo...) a una fe más cristocéntrica, más centrada en Jesús de Nazaret y en el Dios que él nos revela, en el Dios cristiano.

- b) Pasar de unos «tópicos» frecuentes, pobres y poco significativos (ir a Misa, cumplir los mandamientos, creer y practicar la doctrina de Jesús...) a una visión sintética y significativa de lo esencial de la fe. La síntesis de fe como visión global y jerarquizada del «todo» de la fe...
- c) Pasar de un universo cristiano cerrado y no conflictivo (como consecuencia de una fe preferentemente infantil y en un medio poco problematizado) a un universo cristiano abierto y conflictivo, pero, por eso mismo, más dinámico, más humano y, en definitiva, más cristiano.
- d) Pasar de la seguridad de «ser ya cristiano de una vez por todas» —pero no como resultado de una opción personal madura y reflexiva, sino como un «estado» ya adquirido y no fácilmente abandonable— a un cristianismo en donde hay que estar en marcha, en búsqueda, en evolución constante.

5. *Promover la integración entre la experiencia de su vida cristiana (más o menos intensa) y el conocimiento de la fe*

Promover una «integración dinámica», aunque no exenta de conflictos y riesgos, entre el ideal de la fe (que necesariamente habrá de aflorar en la clase de Religión) y la vida real de los cristianos y de la Iglesia. Sucede en ocasiones que la presentación de las «realidades ideales de la fe» (iglesia fundacional, Eucaristía y su riqueza expresiva y celebrativa, el Amor como vocación del cristiano, el Reino de Dios y su justicia...) o el «deber ser» de la Iglesia no se corresponde con lo que los alumnos ven en su entorno cristiano o, simplemente, en su entorno familiar o social.

Entonces los alumnos realizan casi automáticamente una operación mental, que consiste en lo siguiente: por una parte, observan que la mayor parte de la sociedad no piensa y no vive «como se les describe en el orden ideal»; por otra, incluso la propia Iglesia no responde —o no ha respondido a lo largo de su historia— a ese «proyecto ideal».

La consecuencia es clara: hay como una sensación de desilusión al verse envueltos en lo ficticio, porque consideran que lo cristiano no arraiga en el modo de ser del hombre de hoy, no está en consonancia con los valores de la sociedad de hoy. Hay, finalmente, un desengaño —y un no tomarse las cosas en serio— porque ven que ni la propia Iglesia hace lo que predica y enseña.

6. *Promover una valoración positiva del mensaje cristiano como humanizador liberador de sentido nuevo a la existencia humana*

Los alumnos de BUP y FP deben saber apreciar, al final de su escolaridad, el valor de la religión y de la fe, tanto en sí mismas como por ser fuentes de enriquecimiento personal humano, «como posible fuerza para el desarrollo de la personalidad», como estímulo para la realización personal y para el ejercicio de la libertad.

Estamos acostumbrados a una paradoja que es la negación misma de la educación: quienes han frecuentado las clases de Religión acaban por aborrecer la fe y por desvincularse de la misma. La persistencia en una pedagogía inadecuada (la fe como fuerza que constriñe y obliga, impidiendo el verdadero desarrollo de la personalidad) ha sido tanto más negativa cuanto más persistente. Se trata ahora de iniciar una pedagogía en sentido contrario: ser más fieles a los alumnos (al presentarles la Religión y la fe) que a las exigencias teológicas o doctrinales de la fe misma.

7. *Contribuir a una aproximación personal —y comunitaria— a la fe: lograr que conozcan lo que viven para que lo vivan mejor una vez reconocido, y facilitar el camino para una opción personal de su fe*

Sabemos ya que «no se trata de obtener —en la ERE— conocimientos objetivos sobre la Religión y la fe, sino de hacer posible la Religión y la fe». De ahí que las clases de Religión deban llevar a la vida de la fe, no sólo al conocimiento de ésta. Y el que la clase de Religión deba llevar a la vida significa, al menos, lo siguiente: que los alumnos sean «capaces de tomar posición de modo fundado y responsable frente al pluralismo» y frente a las diversas «visiones del mundo»; que sean capaces de «examinar» su propia opción de fe de manera consciente; que estén dispuestos y capacitados para comprometerse con la propia fe y con la Iglesia.

8. *Iniciarles en un nuevo lenguaje*

La Comisión Episcopal afirma la peculiaridad del lenguaje de la ERE, diferenciándolo del que se emplea en «otras acciones educativas de la Iglesia» (léase, catequesis). Ambos lenguajes habrán de ser distintos, pero complementarios.

Pero ¿de qué tipo de lenguaje se trata? Su especificidad estriba en que es un lenguaje «que parte de la pretensión tradicional de la Teología de que es posible y, hablando en general, necesario un discurso lúcido y crítico en el interior de la actitud confesante de la fe». Es un lenguaje objetivo en el que

se expresan, desde la Teología y desde la tradición de la Iglesia, las realidades de la fe cristiana.

Un lenguaje que permita al mismo tiempo aprehender al alumno «los datos del mensaje cristiano» desde una lectura *hermenéutica* (leer los datos de la fe desde la historia y desde la tradición de la fe de la Iglesia), *sistemática* (visión global armónica y crítica), *práctica* (interpelante, dinámica), *interdisciplinar* (en diálogo permanente con la cultura) y *objetiva*.

3. LA «LECTURA DEL PROGRAMA»

Al encontrarnos con el «programa» oficial para las clases de Religión es necesario hacer una lectura objetiva, dar con el *sentido* de la programación. Y esto porque cada uno tiene el riesgo de «traducir» el texto del programa y deformarlo de acuerdo con su situación, de acuerdo con una lectura realizada desde sus condicionamientos culturales, desde su psicología, desde su formación...

Pero es también importante una lectura subjetiva, y ello, entre otras, por la siguiente razón: lo programado «para todos» (o, lo que es lo mismo, para *nadie* en concreto) ha de ser modulado, interpretado, leído de acuerdo con una peculiar situación y con unos criterios humanos y teológicos que no son otros que los del profesor de religión.

Por ello creo necesario indicar, a modo de pauta o de guía, algunas ideas que serán válidas a la hora de hacer una lectura personal del programa:

1. *Captar el sentido de la programación*: Se trata, en primer lugar, de captar el sentido profundo del programa, el «dinamismo educativo profundo», lo que está más allá de la letra, de la fidelidad meramente literal a los temas.

Se trata de conocer cómo el contenido y los objetivos del programa pueden entrar en la «psicología» y en la personalidad de los alumnos, cómo se pueden relacionar las actitudes básicas de éstos —especialmente como creyentes— con el «contenido vivo del programa».

2. *Conocer, «poseer» la teología del programa y del curso*; es decir, poseer una seguridad teológica capaz de facilitar el dominio del programa y del conjunto de la programación. Es necesario que el profesor tenga (o sea capaz de elaborar) una *síntesis teológica* que pueda ser abarcadora de la realidad total del programa; así se evitará la lectura de los «temas» de un modo aislado, inconexo...
3. *Descubrir los puntos clave, los ejes o núcleos de la programación*: Esta es la parte fundamental del programa, la que establece lo esencial de la

orientación y de las tareas del curso, pues mientras el programa oficial ofrece un conjunto coherente de posibilidades y de opciones que «pueden llevarse a cabo», los núcleos constituyen como el corazón mismo del programa, aquello que es necesario no perder de vista para no fallar en lo esencial.

4. *Saber presentar, desentrañar, llenar de contenido significativa los términos básicos* —nuevos o viejos para los alumnos—, de tal modo que les sean ofrecidos y sean recibidos/descubiertos con *novedad*, evitando la sensación de saturación y repetición de los mismos temas y el consiguiente cansancio o la desgana iniciales. (Por ejemplo: temas como la «Historia de la Salvación», el Reino de Dios, la conversión, etc..., son realidades que deben presentarse con toda su carga teológica y con toda su novedad para los alumnos).
5. *Es también importante que el profesor sepa descubrir los interrogantes, las preguntas base con las cuales, por otra parte, puede iniciar los grandes temas.* Cuestiones o interrogantes que:
 - sean ocasión para una interrogación profunda de la fe;
 - se ofrezcan como un «cierto desafío a la inteligencia»;
 - interpelen a la «conciencia crítica» del alumno;
 - interpelen asimismo respecto al compromiso cristiano...

Y es necesario saber provocar estos interrogantes no de modo rutinario o como recurso didáctico fácil, sino como exigencia fundamental de un proceso de aprendizaje en el que es necesario partir de «la pregunta».

6. *La determinación objetiva del contenido no impide que se realicen las adaptaciones requeridas por el medio*, por el carácter de la enseñanza, por la situación peculiar del grupo-clase, por las contingencias del momento, pues no se trata —repetimos una vez más— de «obtener a toda costa» contenidos objetivos sobre la Religión y la fe, sino de hacer también posible la Religión y la fe. Por eso también los alumnos, su situación, sus intereses y su experiencia constituyen un criterio irrenunciable para la selección o modificación de los objetivos y de los contenidos del programa.
7. *La lectura del programa ha de hacerse también con los alumnos*: Una toma de conciencia de los objetivos que se les propone, del trabajo que se les brinda, de los contenidos y de la dirección del curso... puede facilitar mucho las cosas, o al menos suavizar ciertas dificultades. Y puede conseguirse así desde la «sintonía» con la clase de Religión —al hacer suyo, en cierto modo, el programa— hasta la proximidad entre sus intereses —despertados ahora, quizá— y los temas del programa.

8. *Acertar en dos puntos importantes* (en relación con el programa):
- Organizar la marcha y el ritmo del proceso de aprendizaje (las partes del programa) guardando un respeto inteligente al programa mismo, pero sabiendo que éste es algo flexible y abierto y que está, sobre todo, al servicio de los alumnos.
 - Preparar los materiales adecuados para que la realización del estudio y la marca del programa sea eficaz, positiva...
9. *Realizar una lectura con los otros profesores de Religión*: Esta tarea, previa a la lectura del propio profesor, es más bien una orientación necesaria —aunque no estrictamente impositiva— que debe realizarse en el Departamento de Formación Religiosa.
10. *El resultado de esta lectura*: El resultado de todo el proceso de conocimiento, adaptación, modificación, interpretación del programa... es un **NUEVO PROGRAMA**, leído por el profesor, por otros profesores o expertos y por los propios alumnos.

O, si se quiere, es *el programa*, pero traducido, modulado, interpretado de acuerdo con los criterios teológicos actualizados, con la pedagogía religiosa más oportuna y eficaz y en relación con las necesidades e intereses —con la realidad— de los alumnos.